

Colaboración especial

**EL PODER DEL CONOCIMIENTO: LA RECUPERACIÓN DEL PODER A
TRAVÉS DEL CONOCIMIENTO LOCAL**

David Epston
Family Therapy Centre, Auckland, Nueva Zelanda

Traducción: Marta Campillo Rodríguez.
Centro de Atención Psicológica ala Familia A. C.
Xalapa Veracruz México

A otros colegas y yo, fuimos invitados por Victoria Chavira, Coordinadora del Coloquio Político para dirigirnos a una sesión especial a la cual asistirían el Alcalde Municipal de Chihuahua y congresistas y otros oficiales de los ministerios de Salud y de Salud Mental del Estado y de la ciudad de Chihuahua. Las preguntas y sus respuestas iban a ser compiladas y mandadas a las autoridades gubernamentales.

Las preguntas a las que nos deberíamos enfocar eran las siguientes:

1. ¿Cuales son los problemas más importantes de salud mental en su País?
2. ¿Cuales políticas públicas han emprendido para resolver dicha problemática?
3. ¿Cuáles de estas políticas o programas han sido exitosas?
4. ¿Cuáles considera que serían los servicios básicos que las comunidades tienen que tener para resolver dichos problemas?
5. ¿Cuáles serían sus recomendaciones para las tres ramas de gobierno acerca de problemas de salud mental y y violencia familiar?

Mi respuesta varió considerablemente de las preguntas realizadas, y mi presentación fue la siguiente:

Los eruditos errantes -y creo que ganaré el premio de venir desde la mayor distancia al Congreso, desde la remota Nueva Zelanda- pueden tener dos

maneras distintas de resolver esto... una podría llamarse el “misionero” con su sello civilizador, conocedor de lo que está bien o mal para ustedes; la otra podría llamarse “antropológica” con su curiosidad acerca de cómo hacen las cosas en su cultura y lenguaje. Antes de ser un terapeuta narrativo, yo era antropólogo y me es casi imposible desprenderme de la ética de esa práctica.

Sin embargo la petición se mantenía. Lo que hago frecuentemente cuando estoy perdido como en este caso, es “tirar mi red de manera extensa”. Esto incluye el vagabundear por las bibliotecas. ¿Hay algo asombroso acerca de esto o tiene más que ver, con saber acerca lo que UD está buscando? La razón por la cual pregunto esto es, se debe a la sabiduría de ver a posteriori, puesto que había encontrado lo que buscaba hacia unos días. Encontré un capítulo de un libro de la antropóloga, Brigitte Jordan titulado –“el conocimiento autorizado y su construcción en el nacimiento” (Robbie E. Davis Floyd and Carolyn F. Sergeant, 1997, pp. 57-79) en un texto de antropología médica publicado más o menos recientemente. De cierta manera, este libro fue en su honor pues ella había fallecido antes de su publicación”.

¿Qué había hecho ella para merecer tanto respeto de su comunidad de eruditos? Ella fue la primera persona y mujer que diferenció dentro de la experiencia del nacimiento, que no solamente involucraba un conocimiento sino una “comunidad de conocimientos”. Y es asombroso que ella no lo hiciera sino hasta finales de los 1970s. ¿Acaso las mujeres no han estado dando a luz desde siempre? ¿Qué hizo que nos tardarnos tanto en concebir algo con tal significado en términos de la evolución, tan peligroso en términos del riesgo a la vida y tan emocionante en términos de dar vida a la vida que no ha nacido, como algo que implica a involucrados como “conocedores”? ¿Y en general, hay más “conocimientos” que aquellos asociados con las disciplinas y profesiones?

Ella comparó dos escenas: una estaba teniendo lugar en Yucatán y la otra ella la tomó de las videocintas tomadas en un Hospital de Obstetricia adecuado en Norte América. Permítanme leerles los resúmenes de las descripciones de su interés:

“Este es el caso del nacimiento en Yucatán, en donde las mujeres de la comunidad rural toman de un gran cuerpo de sabiduría que se reúne en cada nacimiento particular de una historia compartida; y de la experiencia de las/los presentes, esto es, la familia inmediata de la mujer, la partera del pueblo, y otras mujeres con experiencia de la comunidad. En esas situaciones, todas/os la/los participantes se unen para ayudar –física, emocional, ritual, espiritualmente y si la labor de parto es larga o difícil, ellas/ellos crean una fuente de conocimientos a través de las historias, demostraciones y remedios. De esta manera, se construye una visión de lo que está pasando en “esta” labor, con “esta” mujer más su hijo de manera que todos los involucrados en el nacimiento participen. En contraste a los partos medicalizados del occidente, no hay nadie encargado/a. No hay una sola persona que toma las decisiones, ciertamente tampoco es la partera... mejor el cúmulo de conocimientos requeridos para conducir el nacimiento es creado y recreado por las/los participantes en conjunto al realizar el trabajo de parto”. (Robbie E. Davis Floyd and Carolyn F. Sergeant (1997), Pág. 60)

Compare esta descripción a lo siguiente:

“El trabajo queda hecho (entre la enfermera y el estudiante de medicina) con ella (la mujer) como un objeto pero no como un sujeto...Una vez que entra el/la doctor/a, el personal interacciona como un equipo en el cual el médico es el miembro focal y del cual la mujer está específicamente excluida. No se le pide información; las conversaciones no se hacen para que ella las escuche o para que participe. No se le dan explicaciones”.

“Ellos/as hacen el trabajo de examinarla y preparar el parto por sí mismos. La mujer es objeto a ser preparado y a ser parido... el resultado es una objetivación sistemática de la mujer en tanto dos asuntos están ocurriendo en el cuarto de operaciones: La mujer está luchando desesperadamente en contra de las sensaciones de su cuerpo, persuadida y acompañada por la enfermera, la que tiene un ojo en el grupo médico. La segunda, otro asunto, separado es el del

nacimiento del bebé, lo cual es el trabajo del personal. Para todo propósito práctico, la mujer no tiene nada que ver con eso, ni tampoco tiene nada que decir al respecto. Ella no está dando a luz, ella está siendo parida”. (Robbie E. Davis Floyd and Carolyn F. Sergeant (1997), Pág. 72)

Yo me encontraba leyendo y releendo su capítulo, no entendiendo totalmente porque pero con la disposición de entregarme a ello. Pero ¿Qué tiene que ver esto con su petición? Otra vez por suerte –o fue así?-, Yo había leído un artículo de un hombre muy humano- el distinguido neurólogo y autor, Oliver Sacks (1996) cuyo trabajo había resonado conmigo, que no podía quitármelo de la cabeza.

Sacks escribe:

“En los últimos quince años más o menos, se ha visto una nueva generación de drogas antipsicóticas, con mayores efectos terapéuticos y menores efectos secundarios, pero con mayor énfasis exclusivo en los “modelos químicos” sobre la esquizofrenia y sobre los enfoques puramente farmacológicos para su tratamiento, los cuales pueden terminar en no tocar la experiencia central y humana del estar enfermo/a mentalmente... Él agrega: “y en circunstancias ideales, y cuando los recursos están disponibles, aún las personas más profundamente enfermas-las que han sido relegadas a un pronóstico de “desesperanza”- pueden ser ayudadas a llevar vidas satisfactorias y productivas”. (Oliver Sacks, (1996) Pág. 52)

Me reafirmé releendo al filósofo Foucault en su noción gálica de la “curiosidad”. Llegue a la conclusión de que pudiera ser que yo tendría que recurrir a esta manera de pensar, más allá de lo demandante que esta pudiera ser. Foucault habla de permitirse a sí mismo que “la pasión por el conocimiento” esté “desviada más allá de uno mismo”. El nos llamó a “pensar diferente, en lugar de legitimar lo que ya es conocido...pensar de otra manera”.

Esta parecía mi única opción y yo comencé a abrazar impacientemente los relatos de Jordan como una gallina culeca. ¿Podría yo ofrecer algo diferente con el tiempo? Pero llego a mí en la ducha y soñé con esto, esa misma noche.

La manera en la que deseo reconocer su hospitalidad y generosidad es con una visión modesta. No la considero ser una utopía o romanticismo. Esta visión toma más del nacimiento en Yucatán que del nacimiento en el prestigioso hospital de América del Norte. Esta toca la “experiencia humana y central de estar enfermo/a mentalmente”, usando las palabras conmovedoras de Sacs. Y esos problemas son inherentemente preocupaciones morales por todos aquellos quienes sufren. Su sufrimiento tiene mucho que ver con la desmoralización así como muchas otras cosas. (Klein Man, (1988) ¿Cómo podemos entonces nosotros participar con aquellos que sufren de tal modo que puedan “re-moralizar” sus vidas de tal manera que puedan “llevar vidas satisfactorias y productivas”? (Frank, A. (2004), Eakin, J.(2004) y Sacs (1996) op.sit.

Mi visión hace un llamado a nuestra propia humildad para enfrentar el sufrimiento de los demás y el sufrimiento propio. Y para hacerlo, esto nos lleva a reconsiderar la misma idea de “conocimientos”. He agregado una s al conocimiento para indicar su pluralidad en vez de insistir en el monopolio profesional sobre estos, descartándolos y borrándolos como si no contaran para nada. ¿Podrían aquellos/as que sufren y quienes les cuidan ser concebidos no únicamente como “receptores pasivos” de nuestros conocimientos sino creadores y usuarios de sus propios “conocimientos”, aunque sean de una clase diferente? Y si algunos de nosotros asumimos el papel de antropólogos podríamos encontrar que esos conocimientos que de otra manera no son autorizados, pueden servir muchos propósitos que nosotros no atendemos tan bien.

¿Podemos nosotros restaurar la dignidad de otros/as mejor que las comunidades en las cuales viven? ¿Si desechamos o descalificamos esos “conocimientos” subjetivos y situacionales de aquellos/as que sufren, los/as estamos involuntariamente empobreciendo de lo que más les importa a ellos/as? Tal vez son sus conocimientos, más que los nuestros, lo que le da a

aquellos/as que sufren la resistencia moral, ¿Podríamos participar con aquellos/as que sufren para dotarnos a ambos, a ellos/as y a nosotros con esto? Mi visión tiene que ver con la resistencia moral como marco para unir a aquellos/as quienes sufren, con aquellos/as de nosotros/as quienes buscan aliviar su sufrimiento. Permítanme recordarles de la escena del nacimiento en Yucatán. Lo que me impactó fue la mezcla de conocimientos sin buscar el monopolio o desacreditar al otro. Y de que tal vez había un tiempo y un lugar para todas las expresiones de esos conocimientos. Ahora, hay un problema particular si nosotros/as estamos tratando de traer esta visión a la tierra acá en Chihuahua o a cualquier otro lado.

Los “conocimientos locales” (Yo estoy utilizando ese término para distinguirlos de “conocimientos de afuera o profesionales”) son distintos, y no como Foucault llama los “régimenes de verdad” de los conocimientos profesionales. De hecho, tendrían que ser considerados como un género enteramente diferente que solo puede ser medido de acuerdo a sus propios términos. De la misma manera, un antropólogo no compara otra cultura en a suya sino como una manera distintiva de hacer sentido del mundo. Con esto en la mente, permítanme pintar en palabras una pintura de los conocimientos locales, dado que estos abrazan “hechos” tanto como aspiraciones, valores, compromisos, pasión y esperanza.

Yo describe iría el conocimiento local como un/a niño/a recién nacido; tan delicado/a como una semilla germinando que apenas está brotando del suelo, tan tímido/a y aprehensivo/a como una niño/a en su primer día de escuela quien llega a ver lo que va a hacer. Cuando nosotros/as tratamos de hablar de ellos/as, podemos parecer tan incómodos como un pez fuera del agua. Los conocimientos locales son frecuentemente anteriores y no tienen palabras y por esa razón, cuando un conoedo/a interno trata de hablar acerca de sus habilidades/conocimientos puede él o ella aparecer tonto/a o que está exagerando injustificadamente lo que dice. El filósofo Michael Polanyi (1974) se refirió al conocimiento local como “conocimientos tácitos” planteo que nosotros “todos sabemos más de lo que podemos decir...”

Por todas estas razones, es casi imposible que los conocimientos locales compitan con los bien establecidos y sancionados, como son los conocimientos profesionales o externos. Y es raro que los conocimientos externos o profesionales reconozcan conocimientos locales y comúnmente estos se desechan como “anecdóticos” y los desprecian como un descrédito voluntarioso en contra de su poder y autoridad.

Las historias de conocimientos locales están ahí para informar tanto como para inspirar esperanza, excitar a la imaginación, para ir más allá de lo ya conocido, y para tener paciencia en un aprendizaje de ensayo y error y más que nada, para poner cuidadosa atención a eso que tu, sin saber que sabes, llegas a saber. Esos que parecen accidentes, esos que parecen eventos al azar. Esos que parecen ocurrencias impredecibles a lo que si se retoma y examina como cuando uno ve una concha rara en la playa, eso, que en una inspección más cercana, te das cuenta de que tú nunca has visto nada como eso antes.

Tomaría a un/a practicante/etnógrafo/a el coleccionar y archivar tales historias. Ellos serían los que se sintieran cómodos trayendo ambos mundos – los mundos de esos/as que sufren y el mundo profesional de esos/as que intentan servirles. Y podría hablar entre esos dos conocimientos y por decirlo de alguna manera, mezclarlos.

De seguro esto es una visión modesta y barata, pero requeriría que nosotros/as re-pensáramos la misma idea de “conocimiento” y de quien es “conocedor/a” y las varias rutas para llegar a esos “conocimientos” particulares, que como los lenguajes son incomparables e irreductibles a un monopolio.

Aquí está un ejemplo de una conversación reciente que tuve en Auckland hace unos meses con Debbie Bray, la mamá de un niño. El había sido diagnosticado al nacer con una enfermedad genética severa de la piel, y ella y su esposo fueron preparados por el personal médico para su muerte en unos meses. Yo lo vi cuando tenía ocho años, quien, más allá de su trastorno genético, estaba fuerte y sano. Yo le pregunté que le aconsejaban ahora sus

asesores médicos... su consejo era que continuara haciendo lo que había estado haciendo, lo que parecía ser un buen consejo. Yo le pregunté si alguien le había preguntado por lo ¿Qué estaba haciendo? Ella me miro y me dijo que en efecto nadie lo había hecho. Cuando regrese a casa tengo la intención de hacerle esa pregunta, aún sabiendo que puede resultar una conversación muy larga.

Referencias Bibliográficas

- Frank, A. (2004), "No-ficción moral: escribir la vida y la discapacidad de los niños" en Eakin, Jip. (Ed), *The ethics of life writing*. Ithaca, New York, Cornell University.
- Michael Polanyi (1974), *Conocimientos personales: Hacia una filosofía post-crítica* Chicago, University of Chicago Press Press, Pág. 174-194.
- Klein Man, A. (1988) *Las narrativas de la enfermedad: sufrimiento, sanación y la condición humana*. New York Basic Books.
- Oliver Sacks (1996) "Las mayores virtudes de un Asilo", *slept*. 24-oct. 7, Vol. live, no. 14. pp. 50-52. New York Review Books
- Robbie E. Davis Floyd and Carolyn F. Sergeant (1997), *El nacimiento y el conocimiento autorizado: perspectivas cros-culturales*. Berkeley, University of California Press.